

UNA TRADICION QUE SE BORRA.

Por Juan Luis Martín.

NUESTRA generación ha asistido a la grandeza y decadencia del Carnaval. Grandeza que la tuvo en nuestro Maicón, con sus desfiles de carrozas, su ostentación de riquezas, la loca alegría de Momó, dispendiada, en años de abundancia—concretada en serpentinas, flores y confeti—sobre nuestras mujeres, que, rivalizando en belleza y prodigalidad, se lanzaban a la catrata de risas, al torbellino de sonidos discordantes, que fueron nuestros Carnavales. Hubo un tiempo en que La Habana quiso rivalizar con Nueva Orleans, con París y con Niza. Durante la danza de los millones, cuando los países de más vieja civilización se desangraban y perecían en la guerra, nuestra ciudad frívola se rendía—con todas las culpas señaladas vanamente por los concilios durante siglos—a la mascarada. Re-cientes están los desfiles de nuestras Reinas del Carnaval, de las batallas de flores, aquel entusiasmo que por disposición municipal hubo de prolongarse; de la última batalla de huevos de harina en que el Alcalde sufrió la contundencia de un proyectil, arrepintiéndose de la restauración de una forma de divertirse que en 1899 tuvo por víctima al Gobernador.

Nuestro natural impulso, fue elicto de la mascarada. No nos ceñimos a los tres días de ritual. Algunos años, la ciudad hizo traer de Nueva Orleans carrozas para arrastrarlas en la cabalgata. Algún año, anunciamos en el extranjero nuestros carnavales. Más lejana, aunque no borrada en la memoria de las generaciones actuales, como los paseos pausados, señoriales de las abuelas y los caleseros por la Calzada de San Luis (Reina) y la Alameda de Paula, está la fiesta de los faroles,

con sus comparsas que marcaban la supervivencia de actos rituales de religiones primitivas, y que más de una vez dejaron una estela de sangre, obligando, en definitiva, a las autoridades a la supresión de esos aspectos del Carnaval. "Los Chinos", "El Alacrán", "La Tarasca", "Los turcos", "Los Moros Rosados", "Los Moros Verdes", "Los hijos de Quirina", y otras, que no fueron menos dadas al motín y a la rifa sangrienta, hicieron, cuando se suprimieron los ñáñigos, el aspecto criminoso de nuestros carnavales.

Las potencias ñáñigos, restos de las sociedades que participaban en los desfiles del Corpus y en las fiestas de los patronos, y que terminaron por asentarse definitivamente para salir el Día de Reyes, en ostentación de su primitivéz, a la vía pública, con los cablidos africanos, se habían refugiado en las comparsas carnalescas, y perpetraron, en el reinado de Momó, los hechos culpables cometidos en otro momento, cuando se permitía la libre salida de las sociedades secretas en actos rituales a la calle. **LA MASCARADA CALLEJERA** Mientras la gente "bien" se divertía en sus salones, las diferentes categorías sociales celebraban el carnaval en improvisadas comparsas. A las calles de los barrios del extrarradio salían los "cocoricamos",

caricaturas de reyes bárbaros, personajes de las leyendas primitivas, diablejos de poca monta, y tipos que les acompañaban, sonando en cerros o golpeando sobre sartenes y tambores que en otros momentos servían para las danzas del chitrilé los "monos", disfraz preferido de los chiquillos; los "bobos", que merecen un acápite apar-

te; y gente que adoptaba la vestimenta del sexo opuesto, para dar mascarada a las amistades. Por la noche, eran los bailes en "Tacón", "Irijoa", "Capellanes", y en algún otro paraje donde se concentraban los elementos divertidos de la población. La importancia de los bailes de "Tacón" e "Irijoa" y la calidad de la gente que a ellos acudía, estaban condicionados por el estado económico del país. Año hubo, en que lo más acrisolado se reunió allí, pero lo hubo también en que fué punto de cita de gente que no era precisamente de la mejor calidad. La careta lo cubría

todo y, una vez al año, no había mucho reparo en disimular a carencia de virtud del brójimo.

Hubo bailes de asalto y asaltos de casas por comparsas de amigos disfrazados. Todo eso, en nuestra San Cristóbal, se va hundiendo en el pasado. Sólo algunas corporaciones de recreo y las sociedades regionales, se imponen todos los años la obligación de inyectar vida en la tradición que va feneciendo, y hace suspirar todavía a nuestras abuelas, por aquel tiempo en que vivieron sus años mozos.

LAS OTRAS MASCARADAS

En otros tiempos más alejados, se celebraron en la Habana otras funciones en que se empleó la careta. Todavía en algunas poblacio-

nes cubanas, sobrevive la costumbre. Los carros y "pasos" de España, vinieron a nuestra tierra, y desfilaron en las festividades de San Juan, Santiago, el Corpus y quizás si en alguna más alejada, en que

la piedad de los vecinos celebrara el triunfo de Don Juan de Austria sobre los almirantes turcos, en Lepanto.

Las procesiones de "cuabas" o antorchas resinosas, tuvieron por marco las casas de Villa-Clara, Matanzas, Sancti Spiritus, Trinidad, Bayamo, Santiago y Baracoa. Las señoritas, no pudiendo ir en carrozas como siglos después, cruzaban las calles en sillas de mano, llevadas por caballeros ataviados. Tiempos aquellos en que el estado de las avenidas de las viejas ciudades, convertidas en lagunatos muchas de ellas, no permitían el fácil tránsito de los carruajes ni que en ellas se posaran los piecillos ligeros de las damas.

Las casas Consistoriales eran en aquellos días el centro de la vida urbana, y cuando no en las plazas, en ellas se constituían las Cortes de Honor de las reinas de las festividades. Palacios, cuyas paredes interiores tapizaban de riquísimos encajes y brocados, y en donde se repartían azucarillos a los invitados, eran sitios para fingir la vida de los grandes salones y la corte, una vez o dos por año, en el ambiente provinciano de nuestras poblaciones, durante los últimos años del Siglo XVIII y quizás si durante todo el curso de los anteriores. Los poetas locales, brin-

Interior

Habana

x

2

daban sus loas, en malos versos. Los militares vestían sus mejores galas y el pueblo, en el entusiasmo de los señores, caía quizás en fiestas de abyección. Concedíase licencia a los esclavos para su diversión, y ellos, como después lo hicieron sus nietos en Cuba Republicana, se lanzaban a las calles con sus vestimentas africanas, en la época colonial.

No siempre fueron los días del Carnaval los de estos actos. Por Corpus, Santa Ana, y los patronos ocales, también se usó divertirse en la mascarada.

Aquí, al igual que en España, Italia y Francia, y que en los países españoles de América, hubo varias fechas en que se acostumbraba la mascarada, que no sólo en carnaval.

Las proclamaciones de Reyes, los matrimonios regios, los nacimientos de príncipes, se celebraban de esta manera en nuestras poblaciones. Mas, en estos últimos actos, los señores regidores y alcaldes, hacían que el peculiar municipal participara en las fiestas.

PERSONAJES DE LA FARSA

En esos años, en que no había revistas festivas, el Carnaval era la ocasión para la crítica. Los "bobos" en La Habana, y los "mamarrachos" en Santiago y otros puntos, tomaban a su cargo el dirigir epigramas a las autoridades, en prosa, en verso, de todos los modos posibles, en una caricaturización de los personajes de la situación colonial.

Naturalmente, hubo "bobos bobos" en los viejos carnavales, y algunos tan carentes de ingenio y horror de vergüenza, como ahitos de cinismo, que fueron tormento de la gente dada a la diversión.

El "bobo" del Carnaval y de otras mascaradas habaneras, no era un personaje autóctono. Por tradición, venía de España, a donde había llegado de la Galla y Italia.

Acostumbrábase en Europa a celebrar la "Fiesta de los Bobos" el día de Inocentes o el de Reyes (las dos fiestas se enlazaban a veces), en que los acólitos y personajes menores de la Iglesia, tomaban por su cuenta la jerarquía eclesiástica, remedando los actos de los preladados. Era uso poner el mundo al revés ese día. Los menores pasaban a los puestos de los mayores, y el "Obispo de los Bobos" que se elegía, tomaba toda la autoridad del legítimo, que pasaba a servirlo. Eran los días del 27 de diciem-

bre (antes en algunas partes) hasta la Epifanía, del reinado de los débiles, y éstos con plena autoridad eclesiástica, actuaban a su sabor. Fué menester que se prohibieran definitivamente, porque la mascarada se llegó a tomar en serio por algunos, y los abusos alcanzaron tales caracteres, que ya fué imposible tolerar más.

Cuando se prohibió la "Fiesta de los Bobos", o de los Locos, los que en ellas actuaban se lanzaron a las calles, en Carnavales y en Corpus, para continuar las críticas que hacían en los templos a todo género de autoridad.

Los juglares, descendientes de los "histriones" y "mimes" romanos, también debían de mezclarse en esas fiestas, con sus "dichos", juegos de palabras y diálogos, que eran el contenido de la época. Estos juglares, ya más organizados en el siglo de oro de la Literatura Italiana, fueron los creadores de los personajes de la farsa, o mascarada que se representaba con los autos sacramentales. Fué en los últimos años del Siglo XVI cuando nació en Italia la llamada "Commedia dell'Arte", en que la improvisación de los diálogos, corría a cargo de unos personajes siempre definidos, que no se sujetaban sino a un tema general. Se ejercía la crítica, como lo hacen hoy nuestras revistas festivas, de la sociedad, de la política, de todo, en boca de las "máscaras", que cuajaron ya como artistas teatrales allá por 1567, cuando aparecieron en Mantua los primeros cómicos profesionales.

Estos, al igual que se ha hecho en el sainete cubano, forzaban el argumento a los mismos personajes de siempre, con lo cual se hacía más fácil la labor del actor y se complacía más universalmente al público. Hubo el viejo enamorado de quien siempre se burla la mujer joven, el capitán fanfarrón, el tipo pedante, el patán, el criado que yerra siempre, el escudero que saca de apuros, el eterno tenorio. En el rodar de los años, la mascarada estuvo servida por el mismo personal. Moliere se resiente de esos tipos, como Metastasio y Maquavelo. Para imitar al soldado de empuje, echador de bravatas, buscaron los italianos al individuo de los tercios españoles, que substituyó en sus farsas al "hiles gloriosus" de los latinos.

En el mosaico de las nacionalidades italianas, buscóse representar el carácter regional para llevarlo a otras villas. La máscara habló en la parla dialectal, dentro del enmarcamiento total de las comedias de arte. Arlequín, Brighella, Fritellino y Trololin (que dió el Pierrot de la literatura francesa), eran lombardos; el pedante

5

y el doctor, el médico que fracasa, el erudito que aburre y aconseja, de Bolonia; Pantalón, honrado, era veneciano, como el avaro que copió Shakespeare para su drama; Pulcinella, fué napolitano, fresco y cínico en su actuar; los demás, sacados de otras regiones italianas y del extranjero, como Quacquero, no corrieron igual fortuna, ni cruzaron los siglos, para venir a figurar entre los personajes de un baile de máscaras en La Habana.

Los actores famosos, Francesco Andreini, y su esposa, "l'incomparable Isabella", llegaron a Francia, y de allí, entraron en el corriente del arte universal el capitán Spavento, Colombina y Polichinela.

EL BOBO EN FRANCIA

Los "bobos" obtuvieron tal aceptación en el público francés, azotado por las controversias políticas de los Siglos XV y XVI, que llegaron a alcanzar puesto en la literatura algunas de sus compañías, que representaban las "boberías" o "sotties" bufas, que, como hemos dicho antes, en aquellas viejas sociedades servían de revistas festivas. El "bobo" vestía de amarillo y verde, sombrero grande que calaba hasta las orejas, y traje cortado, como todavía nos ha sido dado contemplar en las calles. El "bobo" fué el precursor del payaso.

El que un individuo llevara el traje que lo distinguía como loco o bobo de sus demás semejantes, fué razón para que se le tolerasen sus bufonadas. Todos los tipos de la sociedad, los encarnaron ellos. Muchos hubo que procedían de la iglesia, otros de los parlamentos, y algunos de las universidades, que alternaban sus oficios con las representaciones de las "sotties". Llegaron a constituirse en agrupaciones perfectamente definidas que eran: en París, "Les Enfants sans Souci"; en Rouen, "Les Connards"; en Dijon, "Les Suppôts de la Mere Folle", y en otras partes, los individuos que pronunciaban los llamados "sermones alegres", a quienes, durante el Carnaval—a pesar de estar prohibido por las autoridades eclesiásticas—abandonaban los pulpitos los oradores sagrados, para que desde allí cargaran contra toda la sociedad, en tiradas jocundas. Cuando en definitiva se prohibió esto, los sermoneadores pasaron a la plaza, y ya el vulgo se hizo cargo de su función, repitiendo el personaje en las festividades carnavalescas.

Los Enfants sans Souci tenían una organización secreta de la cual sólo se han conocido dos personajes directores: el Príncipe de los Tontos y la Madre Locura, que todavía persisten en los carnavales de algunos países sajones, y

en Munich y Colonia. Los "locos" casi todos eran clérigos, o empleados de la clerecía; los llamados "Basochiens", escribientes y mensajeros de los tribunales, y los "ecoliers", universitarios, que, en el momento oportuno, salían en sus comparsas.

Nos conserva la historia el nombre de un famoso "bobo", Henri Baude, que fué a dar con sus huesos en la prisión del Chatelet con cuatro de sus colegas "basochiens", por haber ido demasiado lejos en la crítica de Carlos VIII.

Luis XIII no fué tan enérgico como Carlos VIII, pues se dejó tratar de avaro por los "basochiens", en una representación carnavalesca, desquitándose con la representación que ordenó a Gringoire, el martes de carnaval de 1512, bajo el título "La Tontería del Príncipe de los Tontos", en la cual, en una forma velada, pedía que se protestase contra la autoridad que ejercía el Papa Julio II, de la Casa de los Médicis. Francisco I, puso fin a los excesos de los "bobos", que ya no pudieron reunirse más en comparsas. Su puesto pasaron a ocuparlo los trovadores, los bravucones y otros tipos que todavía desfilan el Martes de Carnaval, no sólo por las calles de París, sino también por Nueva Orleans, Niza y algunas otras ciudades.

En todas las iglesias de España, se efectuó la Fiesta de los Locos, hasta que llegó el momento en que de la licencia tomada por los celebrantes, se optó por suprimirla, quedando sólo un recuerdo de ella en Toledo. Por Navidad, se conservan todavía rasgos de la versión.

El desfile del Corpus, trae reminiscencias del Carnaval. Lo mismo que en Roma, en los países católicos subsistió la costumbre de celebrar fiestas carnavalescas varias veces durante el año.

Todavía en algunas ciudades de la Península, y con esto queremos comprender también a Portugal precedía a los obispos y a la Divina Majestad, el conjunto de carrozas, llamadas "pasos", que no eran sino tablados ambulantes, donde se representaban escenas de la vida de Cristo, de la Biblia y de los grandes hechos de la historia. Lope de Rueda y Torres Naharro, estuvieron contratados para esos menesteres, y de ellos nacieron los pasos de comedia, que fueron origen del teatro español. En el Siglo XVIII, lo mundano que había en esto, se suprimió, y quedaron, aún en nuestros días, los diablitos y otros personajes y máscaras de la farsa carnavalesca. Las fallas valencianas y alicantinas, son un re-

cuerdo de los divertidos hechos de antaño.

EL CARNAVAL EN FRANCIA

La fiesta de los Bobos tuvo en Francia su mayor brillo. La del Corpus no acumulaba menor entusiasmo. En Provenza y Anjou, según las viejas crónicas, tenían especial grandeza, con motivo de la institución del Rey Renato, en 1452, que mediante los grandes desfiles de Corpus se proponía conmemorar un acto de su reinado, mezclándolo en el folklore. En Aix, la noche que precedía al día de Corpus, desfilaban por las calles las imponentes procesiones de antorchas, llevadas por hombres disfrazados, montados sobre asnos o caballos, rodeando a los jóvenes que conducían los estandartes de Cibeles y Saturno, alrededor de los cuales se agolpaban los muchachos disfrazados de animales salvajes.

Después seguía el Príncipe del Amor, escoltado por individuos de la burguesía vestidos de caballeros, que representaban a los de la Orden de Jerusalén, llevando cau-

tivos encadenados. Después venían las carrozas, llamadas "representaciones sacras", o "pasos sacramentales". Seguían a estas las que servían de tablado a las representaciones bíblicas. Finalmente, el clero y, bajo pallo, casi cerrando la marcha, los obispos con la sagrada forma. Una que otra vez, la procesión cesaba en la marcha, para divertirse los participantes en ella en los juegos de "momos", que el pueblo efectuaba en las aceras, con efigies del dios del Carnaval. En 1643, los abusos a que se había llegado eran tales, que las autoridades eclesiásticas trataron de suprimirlas, produciéndose tal agitación, que se optó simplemente por restringirlas.

La Revolución Francesa fué la que dió el golpe de gracia a la Fiesta del Corpus, prohibiendo los "desfiles paganos", por un decreto de la Asamblea.

Como hemos visto, las procesiones de antorcha fueron preliminares de nuestras candilejas y farolas de Carnaval; y los "pasos", el antecedente de las carrozas.

LA TARASCA

Hasta nosotros llegó, en La Habana, el baile de la serpiente africana, que no era sino una mera continuación de un rito pagano que, en Europa, correspondía a cultos naturistas antiquísimos. El entierro de la sardina recuerda parte de los mismos rituales primitivos, aunque se trata esta vez de un pez bíblico, que figuró en los "pasos" españoles.

En nuestras ciudades, por Corpus, hubo "tarascas", "tarasbanillos", "gigantes", "moctezumas", "diablitos", "reyes cristianos", "reyes moros" y "papahuevos", que nos expresan bien a las claras la participación de los indios y los esclavos en la festividad.

En los templos, se exponía la Divina Majestad, y los poetas locales le endilgaban sus "loas", en medio del general entusiasmo. Se organizaron después las comparsas danzantes, que se eclipsaron durante el mando del general Valdés, que en su bando de orquestra pública fijó sólo los salones de baile para las mascaradas.

En Tarascón, la fiesta de la Tarasca o serpiente, alcanzó singular brillo la festividad. Se organizaban con gran seriedad las cofradías de Tarascaires, o Caballeros de la Tarasca, que marchaban al frente de la procesión, abriendo el camino. Ellos eran los que habían derrotado al demonio, en la farsa que se representaba. Los carros y pasos de Tarascón (como hoy todavía en Niza y en Tolosa) eran muy famosos. Era uso que la fiesta se quebrantase en su continuidad, para dejar paso a la tarasca, que, recorriéndola toda, movía el regocijo de los paisanos de Tartarin. El desfile cerraba con el famoso carro del jardinero.

En Toledo, era muy semejante la procesión, pero en vez de la tarasca se empleaba un cetáceo enorme, de cartón, que representaba la ballena que se comió a Jonás, según unos, y, según otros, el monstruo que vió el visionario de Patmos. Este ilustre pez, ha quedado convertido entre nosotros en humilde sardina.

En Rouen, en la Normandía, tenía acontecimiento la procesión del Dragón o la Fierté, que era similar en sus diferentes episodios, a ésta. Se conmemoraba mediante ella la victoria que alcanzó San Román sobre un monstruo mitad pez, mitad dragón, que habitaba en las cavernas de la afueras de la ciudad, y al cual mató el santo poniéndole su estola sobre la cabeza.

4

En Douai, celebrábase la procesión de Gayant, un héroe legendario de la ciudad, con su familia, compuesta de Jacquot, Feliot y Binbin. A algunos autores creen que Jean Gilon, un famoso capitán de la población, que la había librado de un asedio, era el personaje representado en los muñecos del desfile. Como en otros parajes, había carrozas convertidas en tablados, sobre las cuales tenían lugar las representaciones teatrales ambulantes.

En Malinas, Bélgica, había celebraciones parecidas.

LA TRAGEDIA DE UN CARNAVAL

En Dinamarca, se tiene un mal recuerdo de la noche de Carnaval de 1772 (16 a 17 de enero). Hallábase aquella noche de guardia en el Palacio Real de Copenhague, los regimientos de Seeland y Falster, que custodiaban la persona del Rey Cristian VII, idiota desde hacia algunos años. En el Palacio de Cristianborg, se efectuaba un baile de máscaras, que duró hasta las dos de la madrugada. A las cuatro, los conjurados, mientras la reina se dirigía a sus habitaciones con el Conde de Struensee, su amante, levantaron al rey y le obligaron a firmar una orden de prisión contra la reina, su amante, el conde de Brandt, consejero de éste, y trece partidarios suyos más. Todos, vestidos todavía de máscaras, fueron llevados a prisión.

Por la mañana, les presentaron a los jueces. El Conde de Struensee narró desde alfa a omega sus amoríos con la reina, Carolina Matilde. Esta última dijo que el Conde era inocente y que ella, seduciéndolo, había sido la culpable de todo lo sucedido, y que ella no creía ser muy culpable tampoco de lo que se le imputaba, porque las razones dinásticas la habían forzado a casarse con un imbécil. Anularon el matrimonio. Struensee fue decapitado el 28 de abril de aquel mismo año y la infeliz reina murió en prisión, el 10 de mayo de 1775.

EL FUEGO DEL REY CARLOS

Esa fiesta catalana del Tio Fresco, en que se empleaba el fuego, tuvo también en Francia su antecedente. En la época de Carlos VII la gente se disfrazaba de bestias feroces, que luchaban unas con otras. En el Palacio Real se celebraba un baile. El soberano, que en 1392 había enloquecido en el bosque de Mans, no podía dominar

en los centros palaciegos, y, su hermano, el Duque de Orleans, trataba de llevar la batuta en todos los asuntos del Estado. Aquella noche, el rey tuvo la ocurrencia de hacer su entrada al frente de una procesión de gente vestida de papel. El Duque de Orleans, acercó una antorcha a uno "para verle la cara", y se le prendió la ropa. El incendio se comunicó a toda la comparsa, y murieron achicharrados muchos nobles de la corte del Capeto.

En tiempos de Luis XIV, se quemaba el martes de carnaval un maniquí, que representaba quizás la terminación de una estación del año. La procesión del buey gordo, era otro de los actos carnavalescos de por entonces. El llamado "Regimiento de los casquetes", convocaba a formar a los miembros de la nobleza, a los altos funcionarios palatinos, a Versailles, donde la licencia alcanzaba a grados superlativos.

Se cuenta que el primer año de Carnaval, siendo Bonaparte Cónsul, se acercó disfrazado a Fouché y le dijo: Sire: yo soy Luis XVI y vengo a recordaros que mañana hace ocho años, que votasteis en la Asamblea el decreto condenándome a muerte...

En Suecia, como en Dinamarca, se guarda memoria de un carnaval trágico, el de 1792, en que el Rey Gustavo III murió de un pistoletazo que le diera en un baile, el Duque de Anckerstroen.

EL CARNAVAL EN ITALIA

En toda Italia, las festividades carnavalescas tuvieron extraordinario lucimiento. En Venecia, Momé invade la cuaresma. Como nosotros confetti, las máscaras venecianas se arrojan antaño "coriandoli" o globulillos de barro teñido. En Milán, sobre los participantes de los paseos carnavalescos, viértense verdaderas lluvias de "coriandoli".

En Polonia, se constituía la República de los Monos, a la cual se dignó pertenecer una vez el rey Estanislao.

En a India, con la fiesta de Holi, en Grecia con los lykeos y los festivales báquicos, en Roma con las saturnales, y hasta en los países salvajes de América y Africa hubo Carnaval. La Iglesia considera que la Humanidad cae en abominables pecados en esos días y ha instituido triduos y otros actos rituales para lavar las culpas. Violando esas disposiciones los pueblos cristianos han cruzado a través de los siglos con la vieja tradición. Ya el Carnaval muere, la tradición se borra, pasa a los recuerdos, en medio del debate de la Tecnocracia y el Marxismo.

*Paris
Feb. 5/33*



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA